



PERIODICO CRIOLLO

DIRECTOR
ALCIDES DE-MARÍA

COLABORADORES: VARIOS AVENTAJADOS LITERATOS NACIONALES

Administrador: ENRIQUE DE-MARIA

Sale a luz todos los Domingos

Suscripción mensual. 50 cents.

Número suelto 16 «

» atrasado 20 «

Avisos y otras publicaciones convencional.

Año I.—Montevideo, Enero 25 de 1900.—N. 21

SUMARIO DEL NUMERO 21—En una escuela de campana.—4.ª carta de Quintín Chingolo a su China.—Entre el viejo Calisto y el viejito su padre. Confidencial, de la Viuda.—Contestación a la viuda.—Carta del vizcaino Corrientes a su compadre Regules.—A Vuelo de Pajaro. Revista criolla (Continuación).—Cosas Criollas.

EN UNA ESCUELA DE CAMPAÑA

MAESTRO—Chico; recítame algunos versos que sepas de memoria.

DISCÍPULO—«El gallo se encrespa; da al (aire su canto

y trinos rabiosos da el despertador; despierta don Pepe; bosteza entre tanto y así desperézase a mas y mejor.»

M—Basta, muchacho, que esos no son versos sino *vesicaciones* en la epidermis del sentido comun.

Esos trinos están puestos ahí como sonidos musicales, y ¿de donde has sacado que en tal caso pueda haber trinos rabiosos?

Además, según el sentido de la oración, donde Pepe bosteza entre

tanto que se despierta, es decir, bosteza antes de acabarse de despertar que es cosa rara, y así se despereza, bostezando ó por medio de bostezos, lo que todavía es mas raro, dado que el hecho de desperezarse consiste en el ademán que se hace generalmente con los *brazos* y las *piernas* al tiempo de despertar ó despues de haber estado encojido; de manera que es sencillamente un disparate decir que una persona se despereza *bostezando*, vale decir, con la *boca*,

—A ver, dime otros versos que sean mejores.

«Para mojjigato Andrés y probarlo me he dispuesto; ocurrió que cierta vez contestó el santón con esto á una pregunta de Inés.»

M—Bueno; bueno! por Maria Santisima; que vas á destrozarme los tímpanos.

Esos versos son peores que los otros. A ver si recuerdas algunos que se puedan oir.

D—«Don Fernando, un buen fondero muy rico y muy bien querido, se encuentra muy resentido con mi amigo Juan Rodero. Y queriendo yo saber las razones que tenía de disgusto, le decia para hacerle responder:»

M—Alto ahí! muchacho; que eso ya pasa de castaño oscuro, y hasta estoy por creer que te burlas al recitarme esos versos como buenos.

La primera quintilla es insoportable, y no la entendería ni Calengo si pretendiera analizarla; y las últimas cuartetas, ¡virgen de las angustias! son *notables*.

Eso de que don Fernando se *encuentra* muy resentido, y queriendo saber las razones que *tenía*, le *decía* etc. es un modelo de construcción gramatical que hace aparecer al sujeto interrogándolo á don Fernando sobre un hecho *todavía no producido*.

Vamos, vamos; no recites mas versos, y dí algo en prosa á ver si aciertas.

D—«Me caso,... si señores ó señoras me caso aunque no es propio de una persona de juicio; *vaya á cometer la última barbaridad*».

«Basta de farras, *seamos* hombres de bien (no *lo hesido* de mal) *tengamos* una muger (me parece que con una *me* bastará) que *me* sepa querer, para vivir en dulce armonía entre rumores de besos.»

M—¡Calla, por caridad, hijo mio! Dios nos asista; que manera de escribir en castellano!

Con razon dicen que hay atraso en las escuelas rurales. ¿De que te sirven las lecciones de gramática que te doy con frecuencia,—si no sabes siquiera elegir buenos autores para tus ejercicios de lectura?

D—Dispense usted, señor maestro; ¿no me ha dicho usted que para aprender mejor debo estudiar á los *criticos*?

M—Cierto; pero eso que acabas de recitar.....

D—Lo he aprendido, precisamente, leyendo dos periódicos *criticos* que pasan como buenos. Los versos son de *Caras y Caretas*, y la prosa de *Montevideo Comico*. ¿Que me dice usted ahora, señor maestro?

M—Hijo; lo que ha dicho en su estilo *criollo* don Daniel Granada, el paisano del redactor de *La España*:

«Las cosas, á simple vista tienen muy distinta pista.»

D—De manera que no hay que fiarse de apariencias.

M—Ya lo ves, por lo que te ha sucedido. Pero eso no quiere decir que no haya entre nosotros quienes versifiquen y escriban correctamente, como Bustos, Zorrilla de San Martín, Sanson Carrasco y el Negro Timoteo.

D—Y eso que el Timoteo es un negro.

M—El color de la piel no hace á la inte-

ligencia ni á la ilustracion del individuo, como el hábito no hace al monje; y eso debes aprenderlo tú con ma razon que los que no son rurales.

D—¿Y porque, señor maestro?

M—Porque de esa manera podrás apreciar mejor la injusticia de los que critican por su traje á los habitantes de nuestra campaña, como lo eres, tú, muchacho.

D—No olvidaré sus advertencias.

M—Y me alegraré que te aprovechen.

Por hoy hemos concluido; vete, que ya se hace tarde, y no es bueno el camino.

D—Por eso no se aflija, maestro, que soy baqueano en el pago, y en cerrándole piernas al petizo cruzo como exhalación hasta mi casa. Para algo ha de servir nacer y criarse en el campo.

M—Bien, bien; pero ya sabes que no me gusta ese modo de hablar en estilo *criollo*.

D—Dispenseme, maestro, que no es por contradecirlo; pero á veces se me va la potranca porque me acuerdo de un dicho de mi padre de que «el tuze no es el que hace al caballo,» y renguéo de la misma pata que él, (que mi padre) espresándome en *criollo*, sin que por eso deje de aprender á hablar y escribir con propiedad en castellano.

Hago como sus paisanos los españoles, que tienen diferentes dialectos, y cada cual habla y escribe en el suyo, porque es el que mas le gusta, sin perjuicio de hablar y escribir el castellano.

Lo malo, maestro, segun á mi me parece, es meterse á hablar y escribir lo que uno no sabe, como les sucede á algunos que la echan de *criollos* y no son mas que matungos *sancochos* de esos que solo obedecen á una rienda.

M—No entiendo ese galinatías.

D—Sancochos, maestro, son los caballos mal domados ó mal enfreñados, que *brutean* en la boca; como decimos los *criollos*; y asi suelen brutear algunas veces los que hablan nuestro dialecto ó patuá (como quiera llamarle) al santo cuete, vale decir sin fundamento, sin conocer el verdadero significado de sus frases.

Conque... hasta mañana, maestro; que ya están por ganar los nidos los caranchos, y tengo que talonear fuerte al petizo para pegar el tiro hasta los ranchos antes de que oscurezca.

M—Dios te guarde, muchacho, y que no te se olvide la lección de gramática.

Pajuela.

...—...—...

4ª Carta de Quintín Chingolo

A SU CHINA

Hija de mi alina! mi china,
¿quien me había de decir
que al fin tendría que venir
con una media esterlina?
porque mi suerte cochina
me ha tratado de tal modo
que por empinar el codo
y meterme á jugador
me ha costado su rigor
un negro con pito y todo.

Voy á contarte la historia
de lo que me ha sucedido,
porque vengo arrepentido
y la traigo en la memoria.
Ha sido una sanagoria
de tamaño regular
la que me han hecho tragar:
dispensáme, china, el yerro,
no me tratés como á perro
y oíme, te voy á contar.

Después que el flete cobré
en Cerro-Largo al pulpero,
en yunta de otro carrero
nos fuimos hasta un café,
y esa mi desgracia fué
porque entramos en calor,
dos botellas de licor
nos echamos al garlero
é hicimos un entrevero
de vino y caña pa peor.

Pesaos y como maletas
en los pobres mancarrones
fuimos rompiendo terrones
hasta dar con las carretas,
y deay, haciendo gambetas
como quien quiere bailar,
después de desensillar
y alivianarnos las patas,
ganamos bajo unas matas
con intención de matiar.

Ya estaba el agua caliente
cuando, juntos y al troton,
se acercaron al fogon
dos paisanos derepente.
Saludaron cortesmente
diciéndolos:—Dios los guarde;
contestamos:—buena tarde,
bajensé sin cumplimiento,
y ya tomaron asiento
sin recelo y sin alarde.

Nos pusimos á tabiar
mano á mano sin ventaja,
y uno saco una baraja
y se puso á barajar.
«Ha é ser tigre pa jugar»
refiló mi compañero,

—«Ni medio tigre, aparcero,
pero si me arma partido
ande qu'era yo hago nido,
que soy como el terutero.»

—«No ha de ser ni medio ruin,
pero por oírle la voz
vamos un truco hasta el dos,
si acompaña don Quintín.»
Yo me callaba, y por fin
fui dentrando por el aro,
hasta que ya sin reparo
envidaba calenton,
y al último la función
me costo, vieja, muy caro.

Yo creo que el compañero
me jugó sucio, mi prenda,
pues aflojaba la rienda
á cada rato el carrero,
y de ese modo tan fiero
y con envites muy gruesos
como unos cuarenta pesos
me hicieron desembuchar,
hasta que empecé á orejear
á vista de esos esesos.

Como me hallaron puntiao
me filieron por lo visto
para agarrarme de Cristo
al verme tan enrietalao,
El carrero condenao
fué causa de ese traspiés,
y aunque estuve alguna vez
por atracarle un moquete,
no quise meterme á flete
porque era uno contra tres.

Aguanté aquel chaparron
haciendo que no sentía
aunque el puñal lo tenía
clavado en el corazon.
El saco sin chicharron
me dejaron los del truco,
como cuando llega un cuco
lo agarra á uno de sorpresa
y derecho á la cabeza
vuelca y le aboca el trabuco.

Al cabo se despidieron
después que me desplamaron;
en sus caballos montaron
y en mi cara se rieron.
«Ya sabe, amigo, dijeron
que ande quiera hacemos cancha
haga nomas la pata ancha
si le gusta el caramelo,
y busquenós sin recelo
cuando quiera la revancha.»

Vayan con Dios, contesté
que yo no me llamo plata;
puse el poncho en la culata
y á mi caballo ensillé.
El otro también se fué
quizás á cobrar su parte,

porque ganaron *con arte*
por lo que yo me presumo,
y la plata se me hizo humo
como acabo de contarte.

Luego triste y abatido
uní los bueyes al yugo,
atorao con el tarugo
que al truco me habían metido
y haciendo rumbo á tu nido,
ya refrescao de la mona,
ahora vuelvo, mi pichona
como es mi costumbre vieja
á regalarte la oreja
tirao sobre la carona.

Vuelvo, mi vida, á envidarte
con miras de echar el resto
ya que la suerte me ha puesto
como pa no mezquinarte,
y quizá pueda cantarte
también algun contraflor
que en el truco del amor
nunca mezquino manija
si puedo ganar en fija
ó me afloja el jugador.

Prepará pues, la carpeta
si te agrada que truquemos
porque pronto nos veremos
sino me erra la escopeta.
Voy picando la carreta
en derechura á tu rancho,
y aunque el camino no es ancho
creo poderlo orillar
si no se vuelve á cruzar
otro que juegue *con guncho*.

Mi china, no te aflijás
porque vuelva tan flacon,
que en pegando otro tiron
puedo engordar por demás,
y si no engordo, quizás
sea mejor, porque el cristiano
en teniendo barro á mano
se embarra por voraciarse,
y anda limpio y sin pecar
cuando se encuentra *liviano*.

De modo, vieja, que vengo
como tirao del cabresto,
con ganas de echarte el resto
y alentao, te lo prevengo,
porque dentro el pecho tengo
lo mismo que un hormiguero
que picandome muy fiero
para avivarme el deseo,
como grita el venteveo
hace que grite ¡te... que... ro!

Te quiero porque tú sos
quien me sirve de consuelo,
y la que como ciñuelo
me ha puesto en el mundo Dios.
El golpecito de tos
que me anuncia mi fortuna;

la trasparente laguna
donde bebe mi majada
y la sendita trillada
que cruzo en noche de luna.

Tu sos la yegua madrina
á que sigue mi tropilla
y el mejor pingo que ensilla
el gaucho para su china;
el fuego que en la cocina
en invierno me calienta,
sos el choco que revienta
entre el rescoldo metido
y el pájaro que en el nido
al pichoncito alimenta.

Sos el filoso cuchillo
con que mi amor desgarrato
y el bozal con que sujeto
y ato á sogá mi potrillo;
el fleco del calzoncillo
con que bailo pericon,
la rueda del carreton
que en el pasto deja huella
la herida por que resuella
quejandose el corazon.

No te olvidés pues de mí
que soy como lechiguana,
y vos, sol de la mañana,
como miel de camoati.
Por hoy te concluyo aquí
dando vueltas como el bolo,
y mientras que no me enrolo
pa servirte de asistente
tenélo siempre presente
á éste tu pobre

Chingolo.

ENTRE EL VIEJO CALISTO Y EL VIEJITO SU PADRE

Habla primero el segundo, en razon de su edad, autoridad y experiencia, pues es nada menos que el Matusalen de nuestros historiadores, que todavia borronéa con el pulso seguro á pesar de sus ochenta y tres Eneros.

Lo que dice el viejito es *cosa linda*, y no agrego *y barata*, por no imitar á los bohemios vendedores de baratijas que usan como refran las frasesitas cada vez que golpean las puertas de los vecinos.

No pido que me disculpen la modestia porque no hay que extrañar que á mi me guste lo que escribe mi padre, cuando es moneda corriente entre algunos de nuestros paisanos que se tienen por *leídos y es-crebidos*, alabarse á sí propios de que saben, y decir cuasi á gritos que no hay quien les pise el poncho.

La cinchadita de hoy de los dos viejo es para sacar difuntos, pero no hay que asustarse porque *jiedan*, que son difuntos antiguos, de aquellos que conservaban la blancura de los huesos porque antes de difuntarse no engordaban, como mucha gente de ahora, al estilo de los chanchos.

Pongan atencion, paisanos, que voy á referirles lo que dice el viejito sobre el particular en su último libro de «tradiciones y recuerdos» y á agregarle después por mi cuenta lo que yo sepa, y que él se haya dejado en el tintero por su costumbre de escribir al galope.

«ENTERRAMIENTO EN LAS IGLESIAS (1789-1792)

«Allá en remotos tiempos, era costumbre de nuestros antepasados enterrar á los muertos en las Iglesias, á falta de Camposanto al descubierto donde hacerles el hoyo para sepultar á los que morían, por de contado, *sin la palada de cal* de uso moderno. De cierto que no había de ser cosa divertida aquello de abrir hoyos en el Templo, y tener que presenciar los fieles, verbigracia á las horas de misa, el enterramiento de los cadáveres, removiendo los huesos de otros por el enterrador, al golpe de azada y pala, para hacer lugar á los venidos, como quien dice, de refresco, con su misera humanidad, para que la tierra cubriera sus despojos en la fosa.

«Hasta el año 1792, era de uso y costumbre sepultar los cadáveres en la Matriz primitiva (llamada después la *Vieja*) y la Iglesia de San Francisco, así como se enterraban los militares que fallecían, en la Capilla de la Ciudadela. La cosa ya pasaba de castaño obscuro, palpándose las consecuencias de tan perniciosa costumbre. Eso dió lugar á que el Síndico Procurador General representase al Cabildo, en Diciembre de ese año, la urgente necesidad de erigir un Cementerio fuera de muros, proponiendo que se hiciese en él una división *para los niños que muriesen sin bautismo*.

«Razón sobrada tenía el buen Síndico, que lo era á la sazón don Francisco de Zufriategui, para reclamar esa medida, pues ha de saberse, que en ambas Iglesias no había lugar sine para doscientas catorce sepulturas, mientras sucedió que en veinte meses—desde Enero de 1789 á Septiembre de 1790—se enterraron quinientos diez cadáveres en las doscientas catorce sepulturas, resultando de esto, que cada cadáver no podía permanecer

sinó siete meses, después de los cuales había que procederse á sacarlo para dar lugar á otro nuevo. Ya puede uno figurarse el estado en que se hallarían los más, al tener que exhumarlos. ¡Y gracias todavía si no hubiesen fallecido de alguna epidemia, que la cosa habría sido *más higiénica!*...

«Fortuna que en aquel tiempo, ni la fiebre amarilla, ni el cólera asiático con todos *sus microbios*, se habían hecho conocer por estos *pagos*, qui sinó, háganse cargo de lo que sería.

«La idea del Síndico no podía ser mas loable. Suprimir el enterramiento en las Iglesias; dar mas amplitud para sepultar á los que falleciesen, sin tener que colocar los cuerpos como sardinas, ó que sacarlos medio frescos tal vez para pasto de los carnívoros; y erigir, por fin, un Cementerio descubierto en extramuros, al Sur de la ciudad, «por ser lo menos poblado de chacras y algo separado de los caminos.» Pero se tocaron dificultades para que el verbo fuese carne, vale decir, para que la idea propuesta se pudiese poner en práctica.

«En su defecto se apeló al *Hueco de la Cruz*, para sepultar algunos cadáveres, por pronta providencia, hasta que se acordó destinar una parte del corralon del Convento de San Francisco para enterrar á los pobres de solemnidad. Mas como todavía se continuaba enterrando en las iglesias á las personas de distinción, el cura párroco de la Matriz, á la sazón el doctor don Juan José Ortiz, se resolvió, con piadoso celo, á construir un mediano Camposanto, al descubierto, bajo cercado, contiguo á la Matriz, (esquina hoy de las calles *Ituzaingó* y *Rincon*) que vino á ser el primer Camposanto en forma que hubo dentro de los viejos muros de Montevideo.

«Excusamos hablar del indicado en extramuros el 92 por el Síndico Procurador, porque quedó en agua de borraja, pues es sabido que no vino á crearse hasta el año 1809 del presente siglo, en la costa Sur de esta ciudad, allá por donde llamaban la playa de las Basuras, y que subsistió hasta el año 35, en que se inauguró el Central, creación magnífica, entre paréntesis, de Montevideo.»

Hasta aquí lo del libro; y ahora hablo yó, que es como si dijéramos Tirabeque después de Fray Gerundio.

En los tiempos en que yo era muchacho alcancé á conocer, como por carambola, algunas costumbres viejas que todavía se estilaban en pueblos de campaña.

Una de ellas, era la de velar los muertos en la iglesia, creyendo que de ese modo las almas de los finados iban con mas facilidad en derechura á la gloria.

Y como en aquellos tiempos nadie se preocupaba todavía de si era bueno ó malo el olor que despedían los difuntos, no había razón de extrañar aquella rancia costumbre en armonía con los entierros en los cementerios de los templos, que todavía existían.

La conducción de los cuerpos para aquellos velorios se hacía con acompañamiento, cómo se hacen ahora los entierros, pero con la diferencia de que se marchaba á pié, llevando al difunto á pulso, salvo los casos de mal tiempo ó de mayor distancia, en que se conducía en algun carretón ó carrito, yendo el acompañamiento á caballo.

Sucedía á veces que el finado, siendo vecino del pueblo, muriese á la tardecita, y entonces la ceremonia de la conducción al templo, que se hacía ya de noche, era mas original, formándose una especie de procesión con faroles que alumbraban al muerto y á los acompañantes por aquellas calles de Dios, que carecían de veredas cuanto mas de empedrados.

Si el difunto ó la familia eran personas pudientes, y había con que hacer el gasto, ó si pertenecía el primero á alguna congregación ó hermandad de las que por entonces abundaban, la procesión se hacía con mas aparato, llevándose la cruz alta, y mas faroles, aunque fuese de día, con sus velas se sebo y colocados en astas; una campana que hacía sonar un monaguillo que marchaba á la cabeza de la columna, escoltado por el cura, el teniente y el sacristan rezando sus latinazgos, y el resto de acompañantes que contestaban al rezo como en coro.

Llegados á la iglesia depositaban el cuerpo sobre una mesa cubierta con paño negro y colocada frente al altar mayor, y luego seguía el velorio por los hermanos ó concurrentes, que se turnaban hasta la hora del entierro en que volvían á estar todos presentes.

Otra clase de ceremonia se hacía para los entierros de ángeles, que era al parecer mas ridícula pero que tenía su explicación entre aquellas buenas gentes.

Consistía en un acompañamiento con música de guitarras, y á veces acordeon, que tocaban piezas alegres, entre el ruido de cohetes de la India que iban prendiendo por el camino hasta llegar al Campo-Santo.

Los músicos, generalmente vestidos á la criolla y con las guitarras adornadas con cintas y colgadas al pescuezo, iban detras del cajon del angelito, que conducían por lo comun algunos muchachos, y en seguida el acompañamiento.

Aquello, en el conjunto, era ni mas ni menos que una comparsa de carnaval de

nuestros dias, festejando el entierro del marqués de las Cabriolas.

La explicación estaba en la creencia de que el ángel, por el hecho de serlo, iba derecho al cielo, y eso debía festejarse demostrando el regocijo que causaba á sus deudos la persuasión de que el alma de aquel ser inocente tenía que ser alojada por Dios en los jardines del Paraíso eterno.

Si la creencia era bien ó mal fundada, doctores tiene la santa madre Iglesia que sabrán responder; para nosotros tenía su razón de ser como todas las inventadas por los hombres para sus cultos, y hoy mismo, sin ir mas lejos, hay entierros con música, verdad que fúnebre pero música al fin, y de mas ruido que aquella, como mayor es el ruido de las descargas de fusiles y cañones, con que hoy se despide hasta el valle de Josafat á muchos que han servido de estorbo, que la de aquellos cohetes de la India, que no tenían el peligro de sofocar la libertad con su olorito á pólvora, y qué servían por el contrario para festejar los entierros de la tiranía y los grandes aniversarios de la Patria.

Y aquí se acabó el tabaco
en cuentos de enterramientos
que son cuentos sin ser cuentos
porque de historias los saco;
son muertos á que destapo
sin el menor desacato;
son páginas del relato
del libro de «Tradiciones»
que les manda á los fogones
el viejo

Calisto el Nato.

...~*~*~...

CONFIDENCIAL

A ño Calisto, que el nido
tiene allá, en Montevideo.

Supongo señor, me creo
que ya habrá usted recibido
una que le he dirigido
hablándole de un Chingolo
á quien llegué yo, no solo
á prestarle mi favor,
sinó que despues amor
me inspiró, siendo yo un polo.

Tatvez otro derrotero
tomó la carta de que hablo,
quizás porque el pobre diablo
que tenemos de cartero,
se nos pasa el día entero
por puntiarse ó bien puhtiao
y tanta carta ha estraviado,
que pa que mas no suceda,

y hacerle entrar en vereda,
á su gefe me he quejao.

Bueno, dicen que el correo
tambien anda muy malito
en ese, pa unos chiquito
pa mi gran Montevideo,
en que altiva flotar veo
—cuando á él voy—á toda hora
á la enseña redentora
que el paisanaje clavó,
cuando ufano declaró
á la patria *gran señora*.

Volviéndole, pues, á hablar
del cartero, don Calisto,
le diré que el pobre Cristo
queriéndose disculpar
me vino á casa á contar
que por ahí, en la central
andan las cosas tan mal
y tan torcidas á veces
que hasta se desaparecen
los bultos de la postal.

Que allí existe un reglamento
que es bueno para el empleado
que mucho tiempo ha faltado
pues no le hacen ni descuento,
ni piensan por un momento
en quererlo destituir.
Esto me llegó á decir,
seguro, por disculparse,
y el muy tunante evitarse
que yo volviera á gruñir.

Por ahora le doy cuarta
y más porque en duda estoy,
y pa por si acaso voy
á decirle que en mi carta
(perdone si esta le harta)
le pedía que noticias
me diese, del que delicias
en un tiempo me brindó
y después de aquí juyó
despreciando mis caricias.

Es ese chingolo pillo
purgante de mi conciencia
que con mucha indiferencia
oyó á un lindo caciquillo
que debajo un espinillo
su pasión me declaró,
y el pobre se me clavó,
lo que no quise hacer caso
al alzar con juerza el brazo
cuando triston saludó.

Si es caso que Vd. lo vé,
digamelé señor Nato,
que lo he de dejar mas chato
de lo que el pillo se cree,
que si ayer yo me ensarté
con su amor que era falsía
con su boca que tenía
mas agallas qué un dorao,

lo he de largar mas marcao
que una puerta de herrería.

Que naides conmigo juega
ni me agarra pa la risa;
que aunque soy medio petiza
yo le pego al que me pega,
Y si se creyó la breva
llevarse fácil de aquí,
guardará, crea, de mí,
el recuerdo en adelante
de que si le fui constante
soy tambien como el agi.

Disimule mi insistir,
si distraigo su atención,
pero és hoy mi situación
mala, y tengo que ocurrir
donde me quieran oír,
y hasta prestarme una ayuda
en esta cusión que añuda
los cordones de mi lengua...
y gracias que juerza tenga
pa escrebirle

La viuda,

CONTESTACION A LA VIUDA

No ha sido descortesía
no contestar á su carta,
que nunca niego una cuarta
á quien precisa la mia;
fué solo que no sabía
de Chingolo el paradero,
y habia pedido al pulpero
de las orillas de Melo
rumbos, señales y pelo
de ese maldito carrero.

Ahora sé por otra esquela
que le manda don Quintín
al amado serafín
á quien le hace centinela,
que ese zonzó, (¡pa su agüela!
dirá usted) con su carreta
vuelve á ver si se enjareta
co nla que aquí pastorea...
¡Hagase cargo! ña...y vea
lo que dice esta gaceta.

Ya ve, pues, que no hay motivo
para dudar del cartero
á quien lo trata tan fiero
su enojo cuasi excesivo.
Tendrá afición, yo no digo
que no la tenga, á empinar
el codo, por desechar
algun mal que lo entristece,
pero eso no me parece
motivo para dudar.

Cuando un hombre se maréa
por causa del aguardiente,
no es el pobre delincuente
desde que pierde la idea;

habla, disputa, brutéa,
pero al ñudo, ó al boton,
porque se hace la ilusion
mientras le baila la mona,
que golpéa en la carona
y siempre tiene razon.

Dejando pues, al cartero
que no sabe lo que ha dicho,
voy á hablarle de aquel vieho
que anda como el terutero;
del demonio del carrero
que busca donde anidar
y la ha querido engañar
quizás haciéndole *daño*,
porque ¡se precisa engaño
para hacerla cabrestiar!

Yo supongo que los saca
es que le erró la portera
como hizo á la lavandera
que la hija cuasi le endosa.
Pretendiendo para esposa
solo cabe un compromiso,
y ya ve que de improviso
tiene el mozo dos ó tres,
¡y eso que dicen que és
el Chingolo medio guiso!

Dejeló pues, que á la China
le siga tendiendo el ala
que no es queso que se cala
el tal Chingolo; y si opina
que su persona se arruina
porque Quintín no la escucha,
agua fría gaste mucha
que sea de manantial,
que para curar su mal
no hay cosa como la ducha.

No tengo mas que decirle
sobre este particular;
siempre me puede mandar
si en algo puedo servirle;
y aunque me escuso advertirle
que de dragón no revisto,
la tentación no resisto
de ofertarle con un verde
tan solo porque recuerde
á este su viejo

Calisto.



CARTA DEL VIZCAINO CORRIENTES A SU COMPADRE REGULES

Montevideo, Enero 18 de 1896.

Señor doctor don Elias Regules.

Estimado amigo y compadre:—Dicese que don Canuto de señora y su simpática Mendoza á los pocos dias de embarcarse en la capilla de San José, resolvie-

ron contraer matrimonio en el tren de Minas para tomar las aguas de médico Regules por mandato de su ilustrado Solis Grande».

En efecto; un hermoso Mayo del mes de dia, después de persignarse en la mano salieron ambos esposos del Rincon de la calle de su casa con el equipaje en la frente. Aquel par de calcetines recién casados conducia consigo además de las maletas cargadas de jóvenes y otras cosas, una sombrerera llena de agua fresca un porron con su correspondiente sombrero, una tortilla para resguardarse de la lluvia y un buen paraguas por si sentia apetito en el camino.

A poco rato de salir de aquel minuto de amores, y sin perder un solo nido se metieron ambos cónyugues en una libra de butifarra para comprar media sala de espera y alquilar una estacion que los condujo á la berlina de un periquete.

Una vez allí tomaron puesto en la campana y en cuanto sonó la cola de los viajeros, don Canuto y Carolina llegaron hasta los respectivos suyos y se guardaron el despacho de billetes en el bolsillo.

Después el joven Mendoza cogió del brazo á su billete; un empleado le taladró su costilla con el sacabocados, entraron en la satisfacción con el anden retratado en el semblante y mientras la locomotora sonreia todo les pitaba á los nuevos esposos. No habria trascurrido un departamento, cuando cierto minuto de atiplada gorra y con galones en la voz, comenzó á gritar: «Señores casados al tren!» y nuestros recién viajeros montaron tan subitamente en un empleado de primera clase, que nada faltó para que se rompieran algun estribo al poner el pié en el hueso.

Poco después el tren pobre (más largo que la esperanza de un mixto) atravesaba envuelto en praderas de humo las verdes nubes de Montevideo. Con el joven viaje iban los siguientes compañeros de matrimonio: Junto á una señora por la cual entraba el sol iba una ventanilla histérica, tan vieja como una tapia y mas sorda que Matusalen. Al lado de esta caballeria iba un capitán de señora con el bigote recién hecho y el uniforme retorcido. Leyendo las columnas del coche, aparentaba no fijarse en las personas que iban con él en *El Siglo*; pero no dejaba de dirigir á la bella Carolina, cuando Mendoza volvió las miradas, algunas espaldas muy ardientes.

Ocupaba, por fin, el otro campechano, un asiento bastante cura con su sombrero de papel manuscrito y una carga de teja debajo del brazo, pues segun dijo tenia que predicar en la villa de Antonio.

el panegirico de San Pando, añadiendo que, si viajaba en primera clase apesar de los devotos que llevaba en el manteo era porque le costaba el billete una cofradía de señores zurcidos.

Por cierto que el reverendo frasco llevaba un padre moscatel lleno de un vino que estaba roto, y á medida que el líquido se desesperaba, el pobre cura se iba vertiendo que era una compasión.

Cerca ya de la cabeza de Sayago sacó Mendoza la estación por la naturaleza para contemplar la ventanilla, y fué viendo las parejas de chingolos que araban el cencerro con el campo al cuello, las bandadas de bueyes que se paraban sobre los hilos del telégrafo, los racimos de guardas en sus parras y los hijos de las uvas en sus casillas.

Entre tanto la señora de Mendoza iba haciendo mil carboncillos porque se le metía en los ojos los gestos de la máquina, y cuando don distraído se hallaba más Canuto dirigiendo sus primeras casas á las miradas de Sayago viene una ráfaga de felpa y ¡zas! se le lleva su sombrero de viento dejándole con la boca al aire y la cabeza abierta.

Lanzarse por la mente de su pensamiento farol fué el primer sombrero que cruzó por la portezuela de D. Canuto; pero, su joven levita lo agarró por los faldones de la consorte y logró detenerlo aunque con tan mala pierna que, cayendo sobre la fortuna derecha se hizo una confusión en la vasija del agua.

Los compañeros de risa se morían de viaje al ver aquel apurado tan matrimonio, y al mismo tiempo que lamentando aquel consuelo, daban porrazo á la estación de Sayago, el tren entraba en la señora de Mendoza.

Entonces D. Canuto cuyo susto se habia revuelto á consecuencia del vientre recibido, desidió bajarse precipitadamente y esconderse (sin escuchar las voces del buen kiosko y de Carolina) en un estrecho capitán con tejado de zing que allí cerca se encontraba.

Pasó un pito, sonó el momento del jefe de la campanilla, un mozo ajitó la estación y después.

Después solo se veía á lo lejos un vapor que marchaba á todo tren; y en medio de la vía un caballero que, con el chaleco descolorido y el semblante desabrochado, corría detrás del aire gritando con todo el ferro-carril de sus pulmones:

«¡Eh! . . . ¡Guarda-freno! . . . Deje usted bajarse al tren! . . . eche vd. el freno á mi mujer! . . . favor! . . . ¡Que me quedo en ahogo! . . . Uf! . . . Yo me Sayago! . . . Socorroooo! . . .»

Y corría dando pelos y tirándose de los gritos, hasta que un guardia civil que llevaba en el morrión sus anteojos y en la nariz su funda de hule, agarró al pobre solapa por una Mendoza, y creyéndole borracho, lo condujo al cielo, no sin que el detenido pusiera el grito en la prevención.

Pero ¿y los otros lectores? preguntarán mis viajeros.

Pues bien, la señora inmediata se bajó en la estación histórica; el Peñarol se quedó en cura; y respecto al oficial y á la recién casada, se sabe que no llegaron á los baños de paradero, pero se ignora cual fué su Solis Grande.

Hay que suponer que el capitán de los bigotes enamorados y Carolina, estaban retorcidos desde muy jóvenes.

Amigo dos reales, si usted dá con Regules, le doy don Canuto.

Su afmo.

Corrientes.

A VUELO DE PAJARO

REVISTA CRIOLLA, EN UN ACTO Y CINCO CUADROS, LETRA DE ENRIQUE DE-MARIA MÚSICA DEL MAESTRO ANTONIO VIDE-GAIN.

(Continuación.—Véase el número 20)

(pasa este letrero: *Pública*)

Viajero —Uy! Pública con *v* corta

Justiniano—Segun la pública fama, hay Inspectores, que estilan poner vaca con *b* larga.

(*pasan á un hombre atado*)

Viajero —¿Y ese que llevan atado?

Justiniano—Un voluntario . . . sin ganas! . . . como todos los soldados que nos mandan de campaña!

Viajero —¿Y aquel tumulto de cosas? (*señala al interior*)

Justiniano—Esas son cosas privadas, ferro-carriles, el puerto. *Cositas* sin importancia!

Viajero —¡Caracoles, caracoles! la listita se hace larga! Ya he llenado la cartera y no pensaba llenarla! ahora anotaré en los puños, y después me iré á las faldas! . . .

Justiniano—Creo, mas de una docena de camisas le harán falta! Esto es en la población solamente; la *bolada* es visitar las afueras, ya verá qué apuntes saca!

Viajero —A juzgar por los que tengo,
me llevaré una carrada.
Pues vámonos en seguida
que el tiempo veloz se pasa,
y solo á *Vuelo de Pájaro*
permaneceré en su patria!

Justiniano—Su brazo.

Viajero — Vamos amigo.
¡No se me olvida la estatua!
(*múltis*)

(*Continuará*).

MUTACION

Cuadro tercero

(Una quinta-bosque)

Escena 17.^a

VIAJERO Y JUSTINIANO

Viajero —Estoy encantado con estos her-
mosos paisajes.

Justiniano—Ya verá usted cuántas cosas
sacará de aquí para su libro,
pero para el capítulo de las
cosas buenas.

Viajero —Silencio, alguien se acerca.

Escena 18.^a

DICHOS Y TORTA FRITA

Torta —Yo soy la torta morena,
hecha con grasa y harina,
aunque no soy cosa fina
los criollos dicen que es buena;
soy la masa que lo *enllena*
al gaucho y que más lo incita,
soy la que alegra y *palpita*
en las *yerras* la mozada,
la masa mas apreciada,
y me llamo: *torta frita*.

(*múltis*)

Escena 19.^a

ENTRA ARROZ CON LECHE

Arroz —Soy el postre nacional
que no faltó en los festejos,
y comen mozos y viejos
con un gusto sin igual
en la puerta del corral
no hay nadie que me deseche
no hay china que no aproveche
cuando me encuentra en la olla
soy la delicia criolla
y me llamo: *Arroz con leche*.

(*múltis*)

Escena 20

SALE LA MASAMORRA

Masamorra—Yo soy hecha de maíz
me pisan en el mortero,

y creo que hasta el pueblerito
me conoce en mi país;
yo nunca causo deslíz...
quien me prueba no me ahorra,
me rompen á *cachiporra*,
me come todo oriental;
soy un plato nacional,
y me llamo: *Masamorra*.

Escena 21

ENTRA EL CON CUERO

Concuero—Soy el manjar que al paisano
más alegra en la ocasión,
cuando se acerca al fogon
con el cuchillo en la mano;
soy el plato soberano
que más estima el campero
cuando de un tajo certero
me baja del asador;
soy de los platos la flor
y me llaman: *El con cuero*.

(*múltis*).

Viajero —¡Lindo amigo!

Justiniano—Ya lo creo!...

Viajero —¿Vamos á tomar un refresquito?

Justiniano—¡Aquí viene algo que le quitará
la sed!

MUSICA

SALE EL MATE

Yo soy el néctar sabroso
que se chupa en la cocina
cuando lo *ensilla* una china
para brindárselo á un mozo!
Soy licor apetitoso,
jugo como hecho de encargo,
soy rey de este suelo hermoso
y me llaman *Mate amargo*.

Pero algunas veces
dulce soy tambien,
y en todos los casos
valgo más que el té!
Niñas y señoras,
me suelen chupar,
viejos y muchachos,
viejas y... la mar!
El que en esta tierra
me prueba una vez
se ciudadaniza
en menos de un mes!
¡Yo me llamo el *mate*
y no sé *matar*,
que el que *mate* toma,
no se *mata* más.

Yo soy de forma elegante
me chupan por la bombilla,
y en alto mi fama brilla

pues siempre salgo triunfante!
Soy del rico y *atorrante*
el consuelo superior;
que en sustancia y en sabor
nadie me ha arrojado el guante!
¡Que viva el mate
de misionera,
que la caldera
caliente está;
y es para el hombre
cosa sabrosa,
si es una moza
quien se lo da!

(mitis)

Escena 23

HABLA DO

VIAJERO, JUSTINIANO Y UNA SEÑORA DESDE
LA CAZUELA

- Viajero — ¡Qué mujer tan hermosa! (*Por el mate*)
Justiniano — ¡Como todas las hijas de ésta tierra, amigo mío! Mire usted esa Cazuela y diga si no es verdad!
Viajero — (*apuntando*) En Montevideo, mujeres extraordinariamente hermosas!
La señora — (*desde la Cazuela*) ¡Gracias caballero!
Viajero — ¡Eh!...
La señora — Es favor...
Viajero — (*apunta*) *Viejas extraordinariamente pretenciosas!*
La señora — ¡Grosero! ¡Atrevido! ¡Mal educado! Ay! ay!... Guarango, etc. etc.
(*vase furiosa*)
Viajero — ¡Ja! ja! ja! este detalle no necesita apuntarlo!...
Justiniano — No olvide usted que estamos en el campo!
Viajero — En el teatro, *tuto é convencional!* ¿Qué significa aquel grupo tan grande que viene hacia aquí?
Justiniano — ¡La Sociedad Criolla!
Viajero — ¿Y qué es eso?
Justiniano — Una sociedad de hijos de esta tierra, que no se avergüenza en recordar las costumbres de los que nos dieron libertad.
Viajero — Ah! Muy bien.
Justiniano — Yo también soy socio y le presentaré á mis amigos.
Viajero — ¡Tanto honor!

Escena 24

- VIAJERO, JUSTINIANO, EL PAYADOR, EL PRESIDENTE, GAUCHOS Y CHINAS
Gaucha 1.ª — ¡Viva la Criolla!
Presidente — ¡Gracias paisanos!
Todos — ¡Viva Viva!
Varios — ¡Que cante nuestro payador!
Todos — ¡Que cante!, que cante! (*aplauden*)
Payador — ¡Gracias, señores! Voy á complacer á ustedes; cantaré. (*Se sienta y templá la guitarra*)
Todos — Muy bien, muy bien. (*aplauden.*)
Gaucha 1.ª — Silencio, que empieza el payador!

COSAS CRIOLLAS

— ¡No conocen, paisanos, á un tal don Nemesio Trejo, de nacionalidad argentino, y que es mozo que templa prima arriba cuando entra en una payada?

— Pues ese Trejo, que ahora ha desensillado en estos pagos, y que es autor de «Los Olios del Chico» acaba de componer otras dos piezas — *El Registro Civil* y *El testamento ológrafo* ó *La herencia del tío*, — que fueron representadas hace tres ó cuatro días en el teatro de los Santos Patronos.

Aunque á decir la verdad, el estreno no fué como merecían, las obras son dignas de verse, pues hacen competencia á *Los Guachitos*, que es lo mejor que se ha escrito en criollo.

Pongan oído á la caja, y escuchen lo que dice un gacetero argentino sobre el estreno del *Testamento*:

«Un nuevo trabajo ha dado al aplauso del público, el popular autor argentino don Nemesio Trejo, conocido ya por muchas obras en que revela un vivísimo talento natural, que ha de llevarle á mejores concepciones todavía.

«El público pasa un envidiable día de campo al aire libre, respirando á todo pulmón y solazando los ojos con la vista de la sociedad nativa, en toda su poética sencillez. Una mona decidora y chispeante canta una «vidalita» melancólica, en que la señorita Lopez obtiene raudas ovaciones por el sentimiento con que la canta, y allí el nudo se desata porque aparece en el tronco del ombú la segunda parte del testamento, en que constan las condiciones impuestas á la heredera, una de las cuales era, nada menos, que la prohibición de contraer matrimonio, y allí fueron los apuros del escribano metido á doctor y de los novios mas enamorados que avarientos, pues se resueven á perder la herencia con tal de casarse.

Pero por ahí anda un abogadillo nuevo, siguiendo la pista á la fortuna aquella y llega muy á tiempo para sacar de aprietos á todo el mundo. La cláusula prohibitiva es nula, y con hermeia y todo la niña se casa y toda la concurrencia se pone á bailar un «pericon» el mejor bailado que se haya visto, para contentamiento de la concurrencia, que estalló, al concluir el baile, en una atronadora salva de aplausos que obligan al *bis*. Y bien merecido, porque ese baile presentado con mayor aparato y brillo y con ciertos pulimentos, puede rivalizar con el mas aristocrático *minuet* del siglo de Luis XV.

Ahora, hay que hacer justicia al autor y á los actores: al primero, porque ha revelado que es posible presentar en la *escena culta*, mucho de nuestro elemento nacional, en cuanto tiene de pintoresco e idílico.»

Para hoy estaba invitada y es probable que haya emprendido viaje antes de rayar el alba, con rumbos á Sayago, la simpática «Criolla» al mando de su jefe el doctor Regules.

Van á hacer rayar los pingos en la estancia del paisano Molins, que es de los seguidores en el baile cuando le gusta la pierna, y no hay que preguntar si la cosa será como para divertirse.

Desde aquí se nos hace que le estamos tomando el olorcito á los *churrascos* y que sentimos el ruido del guitareo y las voces de los cantores.

Que se diviertan, paisanos, y no se olviden de los amigos en caso de que á la vuelta vengan algunos con charque.

Si es liviana la bombacha
y si es ancho el calzoncillo
el negocio es muy sencillo,
es un viaje que no empacha.
Cuando á un gaucha se le agacha
unas leguas no son nada;
si es dura la cabezada
ó el cojinillo es escaso
se compone para el caso
con sebo de riñonada.

Don Regules es el diablo
y ha de prenderle seguido
hasta que les llegue el ruido
á los dueños del establo.
Es un supuesto en el que hablo,
pero si así rebenquéa,
para cortarle la idea
si es que mucho los apura
cambien nomas la postura
mientras que el anca se oréa.

Plata es lo que plata vale, compañeros y amigos de *pa jueva* que se ocupan en escribaniar gacetas.

Muchas gracias por los *acuerdos* y las buenas ausencias que hacen de nuestro FOGON, que á veces suele servirles para aprovechar tizones de pura leña *del pais*, que es la que ha de gustarles como buenos criollos, porque es al fin, de la tierra, y no chilla ni humea cuando se sabe escojerla.

Al criollo es al ñudo que le den olla podrida, la traga si tiene hambre, pero en cuanto olfatéa su *con cuero* ya no hay olla que valga por mas garvanzos y tocino que tenga.

En nuestro FOGON, compañeros, no se cocina á la española, ni á la francesa; pura carnesita asada al uso del campo, puro hervido sin mescolanza y una que otra chataasca ó masamorra por no perder la costumbre.

Cuando gusten, paisanos, no tienen mas que allegarse, que hay lugar para todos con tal que sean marca Patria.

Ayer salieron á recorrer la campaña tres orientales comisionados por «La Liga Patriótica» para fundar escuelas rurales en varios departamentos con el concurso popular, y hoy principiarán sus trabajos en Florida, convocando al vecindario y marchando en procesión, con la bandera de Artigas, hasta el pié del monumento conmemorativo de nuestra independencia, para poner la obra bajo la advocación de sus héroes.

El Fogon acompaña con sus votos sinceros á esos obreros de bien, llamados Mariano Pereira Nuñez, Augusto Madalena y Enrique Pereira, que van á abrir con el arado de la iniciativa ciudadana los surcos donde ha de arrojarse la semilla del porvenir en tierra elaborada por el brazo del patriotismo.

De la Florida seguirán al Durazno, Tacuarembó y Rivera, estudiando tanto en esos departamentos como en la línea fronteriza, las localidades donde se requiere el establecimiento de nuevas escuelas. Completarán la excursión, visitando al regreso San José, Trinidad y Canelones.

El doctor Pereira se propone dar una conferencia pública en cada departamento, dando á conocer la idea por su faz patriótica, haciendo sentir las necesidades que se van á llenar con su realización y reclamando el concurso de los que van á ser beneficiados.

Compañeros! que cuando caigan al pago esos patriotas no les falte amistad y agazajo.

Un mate y un churrasco, un caballo ensillado y un baqueano que les indique el camino, ofrecidos de alma como se ofrece al amigo que se incomoda por servirnos, es lo que menos merecen esos hombres que van á llevaros sin el menor interés de lucro personal, el pan de la educación para vuestros hijos.